

**Apuntes de la Escuela de comunidad con Julián Carrón
Milán, 25 octubre 2017**

Texto de referencia: J. Carrón, ¡Al comienzo no fue así!, supl. de Huellas-Litterae communionis, octubre 2017, pp. I-IX.

- *Errore di prospettiva*
- *Come my Way, my Truth, my Life*

*Gloria
Veni Sancte Spiritus*

Bienvenidos todos, los presentes y los que estáis conectados por vídeo, a esta primera cita en la que retomamos la Jornada de apertura de curso. Los cantos que acabamos de cantar nos introducen en lo que vamos a hacer, porque solo si miramos bien podemos ver la realidad tal como es, podemos reconocer lo que hay. Pero nos damos cuenta, como hemos dicho en la Jornada de apertura de curso, que mirar bien no es siempre algo inmediato, y que necesitamos una luz, por eso hemos cantado: *Come my Way, my Truth, my Life*, «Ven, mi Camino, mi Verdad, mi Vida, [porque] tú eres la vida que nos permite respirar» (Atr. G. Herbert-R.V. Williams, en *Cancionero*, Comunión y Liberación, Madrid 2004, p. 433); de hecho, si no respiramos no podemos mirar bien. Por eso empezamos nuestro trabajo.

Quería contar mi experiencia a la luz de los primeros tres puntos de la Jornada de apertura. Por las circunstancias que estoy viviendo en este año, me doy cuenta de que la experiencia del formalismo y del moralismo está presente en mí con frecuencia, al igual que es verdad la confirmación de los síntomas que tú describes. En estos momentos de dificultad acepto que los síntomas de los que hablas sean útiles para mendigar la presencia de Jesús, la experiencia de la relación con Él, y me doy cuenta de que en el corazón existe una actitud no desesperada, sino bastante pacificada, por la espera de una respuesta Suya a las preguntas que nacen de reconocer estos síntomas. Sin embargo, la cuestión importante es la vuelta al origen, es decir, la cuestión de poder alegrarse porque Él responde y está. Es verdad que en el origen reconocí la fascinación de la persona de Jesús, pero esto es un poco como sucede en el enamoramiento: al principio todo va viento en popa, pero después, con los años, uno tiene que hacer el trabajo de darse las razones para persistir en la relación afectiva. Yo necesito que el acontecimiento vuelva a suceder, que Cristo esté presente ahora en mi vida, que no sea algo abstracto. Si Él responde, debe ser evidente, reconocible y no tengo que hacer esfuerzos especiales. En este sentido no me ayuda quien me dice que tengo que ser más moral, que tengo que rezar más, que tengo que hacer más Escuela de comunidad, que escuchar testimonios, etc. Puedo estar contento por la fe que los demás me testimonian, por su santidad, por ese Cristo citado continuamente como sentido de la vida, por la felicidad de los demás, por la alegría de los demás o por las palabras de la Escuela de comunidad citadas y expuestas de memoria, pero si todo esto no sucede en mí, no está bien, no está bien para mí. Esta es la concreción de Cristo que busco y que muchas personas buscan, porque me doy cuenta de que el mundo busca a Cristo así, es decir, concreto. Y es el factor esencial para creer, para que la vida tenga un fondo de alegría, una esperanza. El reclamo moral, los esfuerzos personales e incluso los testimonios de otros, los misticismos, las buenas palabras no me resultan útiles, más

aún, encuentro que en última instancia me irritan, porque hacen que me sienta todavía más inadecuado.

Lo que describes, ¿es sólo una actuación más adecuada de los amigos testigos o tiene algo que ver con el acontecimiento que sucede?

Tiene algo que ver con el acontecimiento, porque el testimonio, así, no me sirve para nada.

No diría que no te sirve para nada, luego veremos para qué sirve. La primera cuestión es si nosotros captamos cuándo sucede Él, y no solo la capacidad o la actuación de uno o de otro. La clave es si ciertas cosas testimonian que Él está sucediendo delante de ti. Esto es muy importante. Dejamos abierta la cuestión y veamos si a lo largo de esta noche identificamos con más claridad la respuesta.

Te agradezco de verdad la lección de la Jornada de apertura de curso, porque me acompaña en estos últimos tiempos mucho más de lo habitual, quién sabe por qué. Tengo la impresión de que esta vez, para mí, la cuestión sobre la que estamos trabajando es justamente una cuestión que tiene que ver con la vida real, con la vida de siempre y con las cosas de todos los días. Y además está la pregunta que vuelve siempre, desde la primera vez que la planteaste hasta hoy: pero ¿cómo fue el comienzo? Después de la Jornada de apertura nuestro prior dijo a un grupo de Fraternidad: «A pesar de esto, experimento una gran dificultad para volver a empezar», y mientras decía esto, yo tenía en el rabillo del ojo el título de la Jornada de apertura: «¡Al comienzo no fue así!». Entonces dije: «Pero al principio no existía esta dificultad». Y por eso me he visto a menudo pensando cómo fue mi primera vez en los pequeños detalles, hace años, la primerísima vez, el primer impacto, porque fue verdaderamente un impacto. Jesús impactó con mi vida cambiándola. Si no hubiese sucedido, ahora no estaría aquí interviniendo delante de ti. Con frecuencia me veo planteando la misma pregunta a mis amigos, porque esta pregunta vuelve continuamente y entonces vuelvo a pensarlo y digo: la primera vez fue algo a la vez precioso y extrañísimo, en el sentido de que reconocía que sucedía algo grande, deslumbrante, pero con formas normales, incluso banales (tengo grabados en los ojos algunos fotogramas de hace años: rostros, los ojos de una persona, una canción, una velada con los amigos) y a la vez con ese algo excepcional que no sabría llamar más que como el presentimiento de la verdad. Si vuelvo a pensar en aquel momento, justo en aquel preciso momento, me doy cuenta de que todo sucedió tan repentinamente que me pilló sin estar preparado. Fue verdaderamente un imprevisto imprevisible, esperado, sí, pero inesperado en la forma. En definitiva, no tenía defensas delante de lo que estaba sucediendo, y tampoco me interesaba tenerlas. Después, con el tiempo, piensas que te haces adulto y te ves razonando, argumentando, crees que sabes, has comprendido cómo funciona el juguete, de modo que empiezas a usar todo lo bueno que se te enseña, quizá sin quererlo de verdad, para defenderte del imprevisto. Más aún, empiezas a pensar nuevamente en la primera vez casi como si la pusieras en duda, y entonces dices: «Bah, éramos jóvenes entonces, el entusiasmo prevalecía sobre todo lo demás», juzgando lo que sucedió la primera vez ahora, como adulto y como alguien que controla en la vida, sin recordar el juicio que hice, sí, hace años, pero que era verdadero. Creo que el juicio verdadero sobre las cosas es el que se da en el momento y no el que se reelabora con el tiempo. Si me equivoco, corrígeme. Y de este modo esperas, o peor, pretendes que suceda el acontecimiento traicionando y renegando del modo en que sucedió. La nostalgia y la diferencia más grande que veo en mí entre la primera vez y ahora es aquella posición tan cruelmente indefensa, en el sentido bueno del término. Llegó y me venció, me conquistó de golpe y estaba contento por ello, en

cambio ahora gasto mi tiempo en levantar defensas para no dejarme tocar. Me parece que existe un punto misterioso (yo lo llamo así), que te permite bajar todas las defensas, estar abierto a todo, hacer que cada cosa te resulte simpática, hacer que te resulte simpático el imprevisto. A mí no me interesa volver atrás en el tiempo, me interesa vivir ahora como la primera vez, toda la vida con el asombro de la primera vez. Pero no sé identificar, no sé entender bien cómo nace este punto misterioso. No sé si existe un método para que esta posición pueda ser la posición de siempre, me gustaría que me ayudaras en esto.

Te agradezco mucho tu intervención, porque has tocado un punto crucial. Has identificado cómo eras al comienzo y cómo sucedió, pero luego has añadido que muchas veces es como si todo lo que te sucedió jugase en contra, para defenderte de lo que sucede en el presente. Esto es importantísimo, pero con frecuencia no nos damos cuenta de ello. Tú has reconocido que al principio no tenías defensas.

Así era.

¡Así era! Entonces, ¿en qué medida perder esta actitud impide que vuelva a suceder ese comienzo? No «como» sucedió la primera vez, sino «lo» que sucedió entonces y sucede delante de ti ahora. En mi opinión, esto es algo crucial para una fe como la nuestra, centrada en un acontecimiento presente, que vuelve a suceder en el presente. Pero como tú dices –lo has descrito con gran claridad–, a veces pensamos: «Ya sé cómo funciona juguete», y convertimos el suceder del acontecimiento en un mecanismo, porque nos falta esa actitud inicial de apertura. ¡Pero esto es justamente lo que Jesús nos pide que tengamos constantemente para que podamos reconocerle cuando vuelve a suceder! Porque no es que no vuelva a suceder...

No lo vemos.

Porque en un momento dado, en vez de permanecer con esta apertura, cambiamos de actitud; tú has usado una expresión: un razonar. Yo lo diría así: tú tratas de poner el vino nuevo en odres viejos. ¡Pero al comienzo no fue así! No es que no siga sucediendo, pero tú tratas de reconducirlo a algo que ya conoces. Esto no significa que tú no tengas que razonar, el problema es que usas mal la razón. Porque al principio no es que no estuvieses obligado a usar toda la capacidad de apertura de tu razón frente a lo que estaba sucediendo, pero ahora has sustituido esa apertura con una maquinación tuya: el razonamiento ha ocupado el lugar del evento. ¿Cuál es, entonces, ese punto misterioso que permite bajar nuevamente todas las defensas?

Hola.

Es un bonito desafío. ¡Pero solo para valientes como tú!

Después de la diaconía de los universitarios al principio de este mes, me quedé muy impresionada por un hecho: aparte de todas las cosas que dijiste, me sorprendió tu entusiasmo frente a nosotros, jóvenes.

Era quizá un poco juvenil mi entusiasmo...

Volví a casa pensando: ¡ostras! Carrón, que es el responsable del movimiento y que debería buscar en nosotros una confirmación de lo que dice, de lo que predica, de las cosas que decide y de todo lo que piensa, en vez de esto se pone aquí delante de nosotros, buscando la respuesta junto a nosotros. Y he visto que esto contrasta mucho con mi actitud delante de mis amigos, de mis compañeros de universidad en este mes, desde que se me ha pedido que sea la responsable de la comunidad, y eso hace que a veces me encuentre delante de personas que vienen a decirme: «Tengo este problema con el movimiento, con mi fe», y muchas veces descubro en mí una actitud de defensa, como si tuviese que llevarles yo a afirmar algo que pienso yo, es decir, a darme la

razón. Y esto es totalmente inútil, porque puedo hacer trampas con todos, pero no conmigo misma y con mi corazón.

¡Muy bien! Es inútil. ¡No es poco darse cuenta de ello! Por eso yo no lo hago.

En ti he visto la posición abierta del niño y en cambio en mí veo la posición cerrada del adulto. Pero hacerse adultos, hacerse mayores no puede ser una condena, porque si no yo tendría que tirar todo lo que ha sucedido hasta ahora. Al comienzo no fue así, pero volver al comienzo quiere decir también eliminar...

¿Qué sugerencia te ofrece lo que has descrito hasta ahora? ¿Puede uno hacerse adulto sin perder el ser niño?

¡Ni idea! Lo que yo he visto en ti...

«¡Ni idea! Lo que he visto...». ¡Exacto!

Ser adulto y ser niño no está en contradicción. Tú lo ves en alguien. Y el Evangelio te indica algunos otros más. La Virgen podía ser adulta y seguir estando abierta; Juan y Andrés eran adultos y permanecían abiertos; Pedro era adulto y permanecía abierto. La cuestión que has identificado es crucial, en mi opinión. Por eso me ha gustado mucho cómo has descrito lo que identificas cuando estás con los demás: «Puedo hacer trampas con todos, pero no conmigo misma y con mi corazón». No te sirve. No es que no tengas que preocuparte de aquellos sobre los que tienes una responsabilidad, pero la cuestión es qué quiere decir «preocuparse». ¿Cómo nos preocupamos por los amigos? ¿Cómo me preocupo yo por el movimiento? Solo puedes defender el movimiento, ejercer tu responsabilidad (al igual que yo ejerzo la mía) reconociendo un hecho presente e invitando a los demás a mirarlo. Porque no eres tú la que puede corresponder a la espera del corazón de tus amigos, como no soy yo el que corresponde a vuestra espera. Yo doy un respingo cuando veo suceder delante de mí ciertas cosas, que reconozco que son para mí y para vosotros. Esto sí que responde, como sucedió al comienzo. Y por eso cuando tenemos tal actitud, nos sorprendemos sintiéndonos unidos, generando una comunión entre nosotros que no nace de la decisión de estar de acuerdo; reconocemos que estamos de acuerdo porque todos estamos asombrados por la misma presencia, la presencia de Cristo aquí y ahora. Cuántas veces, durante el equipo del CLU este verano se crearon momentos de un silencio tal –¿lo ves? Estás asintiendo porque te acuerdas todavía– que casi se podía palpar. ¿Por qué? No era por una estrategia o por una actuación, sino porque estábamos escuchando cosas, estaba sucediendo algo en donde se imponía Su presencia. Y era esto lo que nos devolvía a todos esa actitud de niño, nos la daba de nuevo. Y volver a encontrar esta actitud de niños tampoco es fruto de una actuación nuestra, hasta el punto de que nos sorprendemos nuevamente delante de algo que sucede y que nos devuelve esa actitud original. La cuestión es si nosotros, cuando sucede, lo secundamos, porque reconocerlo no es algo mecánico; es imponente lo que sucede, pero no es mecánico secundarlo.

Cada mañana enciendo el ordenador. La pantalla es impecablemente cielina: además del correo, me aparece automáticamente el sitio de CL (y también el del Sussidiario). Todo lo que sale del movimiento lo leo. A principios de octubre leí (un poco de prisa) el relato de la asamblea de los bachilleres españoles en Madrid, en el que se habla de la chica independentista que dice: «No estoy definida solo por esto».

¿Lo habéis leído?

Habla del diálogo que se produce y de la conclusión, entre gente que piensa de forma distinta, con cantos catalanes cantados por todos. Llego al final con rapidez y percibo que mi boca hace ella sola: «¡Mmh!». Tal cual: «¡Mmh! Esto es un pequeño síntoma, digamos. Y digo: «¿Qué quiere decir?». Estaba pensando, casi sin darme cuenta: «Qué tíos, quizá un poco ingenuos, porque, ostras, ¡los problemas son grandes!». Entonces

me quedé parado: ¿ingenuos? ¿Qué quiere decir ingenuos? Y de golpe vuelve a mi mente la conocida frase de don Giussani que se había retomado también en la Jornada de apertura de curso: «Todo lo ingenuamente que queráis» dice así: «Al comienzo [...], no se construyó sobre los valores que Cristo nos había traído, sino que se construyó sobre Cristo, todo lo ingenuamente que queráis» (pp. VI-VII), etc. Entonces me dije: «¿Qué haces? ¿Te quedas en esta ingenuidad aparente (aparente, además) de los chicos, como si fuese un menos, un hándicap? ¿No has percibido que se trata del testimonio de un intento de construir sobre Cristo?». Después me tenía que ir, tenía que hacer mis cosas. Más tarde, por la noche, volví a leer ese manifiesto español, porque me había dado cuenta de que lo había leído un poco como se lee el periódico por las mañanas, mientras mojas el croissant en el capuchino en el bar, un poco de forma distraída, pensando que en el fondo muchas noticias ya las has visto en la vida. Vuelvo a leer. Y ahí, sin embargo, me parece leer otra cosa, algo nuevo, pero nuevo de verdad, ¿eh? Algo bello, convincente, incluso apasionante. Cada detalle, cada observación que se formulaba ahí me parecía que narraba una novedad, una limpieza de posiciones colosales con respecto a la barbarización de un cierto modo de enfrentarse intransigente, por una parte y por otra. Entonces reflexioné y me dije: «Esta mañana, ¿qué esperaba leyendo?». O no me esperaba nada, o bien buscaba, en el fondo, reconocer velozmente, sobre todo, no las huellas del entusiasmo de una presencia, sino una «traducción cultural» (uso la fórmula de don Giussani que se usó en Assago) que me resultase convincente, que me confirmase que es adecuado ser del movimiento. Me he dado cuenta de que haciendo esto corría el riesgo de no percibir ni siquiera la carga de juicio verdadero y de auténtica cultura contenida en la actitud pura y creativa de esos chavales, porque justamente en el entusiasmo por una Presencia crece la inteligencia de la realidad, no fuera de ella o en paralelo a ella. De hecho, me dije: «¿Hay algo que históricamente («históricamente», para nosotros los viejos del 68, quiere decir incisivo, concreto, adecuado a la realidad que continúa) sea más importante para un chaval español de hoy (pero también para los adultos, para una nación, para su destino) que ser alcanzado y tocado por una posición como la suya, como la que se percibe ahí?». Me he respondido: «No, sinceramente no». Entonces terminé: menos mal que el Misterio me ha puesto una pulga en la oreja (porque de esto se ha tratado), a través del rebote de ese «ingenuamente» que me ha arrancado de la distracción.

Al final, ¿qué has visto que se te había escapado en la primera lectura? Muchas veces hacemos lo que tú has dicho, pasamos a lo siguiente sin captar el alcance de lo que tenemos ante nuestras narices, no lo reconocemos porque pensamos que es demasiado ingenuo. Pero, ¿quién de nosotros, si hubiese escuchado hablar del encuentro de Juan y Andrés, no habría dicho lo mismo que has dicho tú con respecto a las dimensiones del problema, pensando en el Imperio romano de entonces? Cuando Giussani nos habla de Juan y Andrés, todos nosotros estamos entusiasmados. Quizá es un poco ingenuo también él... Quizá Cristo sea un poco ingenuo al usar este método... Pero, ¿hay algo que haya sido más incidente históricamente que aquel hecho? Y sin embargo para nosotros ese manifiesto casi no es un evento, casi no es un acontecimiento. Sucede delante de nosotros, pero estamos delante de él sin pestañear, entonces no percibimos toda la novedad que encierra y cuál es el origen de esta novedad. Porque para dar un juicio como el de los chavales españoles es necesario que el Verbo se haya hecho carne –como fue necesario para Juan y Andrés que el Verbo se hiciese carne– y que ellos hayan tenido la experiencia de correspondencia que narra el Evangelio. Por eso, como decías al final, pasar por encima nos impide muchas veces captar el verdadero juicio, que nosotros consideramos ingenuo, y que nos lleva a pensar que tenemos que llegar a

la «traducción cultural». No. ¡No! El juicio está dentro del acontecimiento que está sucediendo, como han hecho esos chavales. Después han escrito otro manifiesto, no sé si lo habéis leído.

Sí.

Os lo leo, porque muestra todo esto de forma mucho más evidente: «2 de octubre [después de los enfrentamientos del día anterior]. Pueblo de la Plana de Vic. Una muchacha de 17 años sorprende en sí cómo se tambalea lo que desde siempre había pensado: “Hoy por la mañana nos han leído el comunicado oficial de la institución donde estudio, que manifestaba la rabia y el rechazo por las actuaciones de violencia vividas contra los ciudadanos que estaban votando en los colegios. Me ha cabreado. Porque la violencia venía de los dos lados, aunque la de la policía fuera más brutal. Cuando se generaliza la mala actuación del Gobierno y la Guardia Civil y se mete en el mismo saco a todos los españoles me mata. A nosotros nos duele enormemente que nos llamen terroristas, pero acabamos haciendo lo mismo. Ni las noticias catalanas ni las españolas buscan la verdad, solo muestran lo que les interesa. La independencia que yo defiendo no es esta”. Esta chica, después de leer la carta de un supuesto mosso apelando a no ejercer violencia el día 1 de octubre, terminaba diciendo: “No sé si será verdad o no, pero lo que me ha dado más vértigo ha sido el final: ‘¡Nos lo jugamos TODO!’”. Me encuentro frente a un hombre que pone el peso de toda su vida en esto, un hombre cuya felicidad depende de una decisión política. Si la ideología es tan potente que nos ciega y el testimonio de mi experiencia (el encuentro cristiano) no es suficiente, ¿cómo construyo yo una luz verde que sea lo bastante fuerte como para romper la máscara de la ideología?”. Una luz verde. Como la que aparece en *Men against fire* –capítulo de la serie de *Black Mirror*–. El ejército de una ciudad defiende a su población de la plaga de unos seres antropomorfos a los que denominan cucarachas y los acribillan sin piedad alguna. Por sorpresa, una de estas criaturas pasa una luz verde por los ojos de un soldado. Al día siguiente, este ya no ve cucarachas: son niños asustados, mujeres y hombres que se esconden. Se queda paralizado y no puede matar. El velo de la ideología que los separaba ha caído. “Tú ya eres la luz verde”, le dice un amigo a la joven. “Parece escasa tu experiencia frente a la inmensidad del problema. Parece una mota de polvo. En Belén hace dos mil años nació un niño. ¿Poco para responder a los problemas del mundo? Es el método de Dios. Escoge lo pequeño para hacer grandes cosas. A ti solo te toca ser fiel a la experiencia de correspondencia que has vivido. Eso podrá romper poco a poco las máscaras”. A esta joven ya no le interesa echar más leña al fuego. Desea poner a prueba cómo la experiencia cristiana hace caer el velo de la ideología. En su fragilidad, pregunta cómo podrá ocurrir en ella, cómo podrá ser ella esa luz verde. Su interés es vivir y transmitir el cambio que le ha alcanzado en el encuentro con Cristo. Encuentro que da unidad a su vida y le permite mirar al otro como un bien, no como un extraño. Todos los hombres necesitamos una luz verde que resquebraje las ideologías y permita que nos volvamos a encontrar».

¿Qué nos dice este hecho? En una persona que ha recibido durante décadas un cierto tipo de ideología, solo algo aparentemente banal como el encuentro cristiano hace saltar el velo de la ideología. ¿Es un acontecimiento o es una ilusión? ¿Es algo que, por pequeño o grande que sea (como Juan y Andrés), documenta que el acontecimiento sigue sucediendo, aunque no lo veamos? ¿Sí o sí? Y al igual que este manifiesto, hay muchas otras cosas que se nos escapan por nuestra forma distraída de mirar. Y entonces sustituimos inevitablemente el hecho por toda la confusión que viene después, porque, al no asombrarnos ya delante de lo que sucede, entonces entran las reglas, entra la ética, entra todo lo que somos capaces de imaginar. Pero para aquella chavala –al igual que para nosotros– la única ética para no caer en la ideología es seguir siendo «fiel a la

experiencia de correspondencia» que ha vivido. Que una joven puede identificar que esperar todo de una decisión política no corresponde al corazón parece poco, pero es todo. Esto sí que es todo. Y esto lo ha podido reconocer únicamente porque pertenece a la experiencia cristiana, no porque haya asistido a un curso en Harvard sobre la ideología, porque ni siquiera eso le habría podido dar ese atrevimiento ingenuo que hace caer el velo de la ideología. Pero a nosotros esto nos parece demasiado poco frente a los desafíos de la realidad, ¿verdad?

Poquísimo.

«Poquísimo», no «poco».

¿Por qué cuando se participa en un encuentro como la Jornada de apertura de curso todo parece fácil? ¿Por qué cuando se va a la Escuela de comunidad todo parece tan sencillo, lineal, tal lineal que siempre hay alguien preparado para sugerir la solución, e incluso quien no la tiene tiende a encontrarla? Pero toda esta teoría, palabras, hechos de los demás, no resisten el impacto con el día después, cuando soy yo el que tiene que estar. Me parece que me ayuda más estar juntos que lo que nos decimos. ¿Cómo ayudarnos cuando estamos juntos? ¿Cómo ayudarnos a caminar?

¿Lo que nos ayuda es únicamente estar juntos o el hecho que ha sucedido? Cuando estuve en Madrid para la Jornada de apertura de curso conocí a esa chica catalana, y su pregunta era justamente como la tuya: «Pero lo que he vivido este fin de semana, ¿se mantendrá en pie cuando vuelva a casa esta noche y cuando vaya mañana al colegio?». En su colegio hay muy pocos que piensen como ella, y la mayoría están en otra posición; ¿qué es lo que resiste ante esta situación? La experiencia que ella ha vivido y que tendrá que reconocer constantemente, verificando si se sostiene delante de la situación concreta en la que se encuentra. En cambio, si el criterio para sostenerse es «la unión hace la fuerza», la partida está perdida, porque los demás siempre serán más que nosotros... En cambio es ahí, delante de estos desafíos, como podemos verificar si lo que hemos visto se sostiene en las circunstancias. Por eso las circunstancias no se nos ahorran, porque si no vemos cómo vence la fe en las circunstancias –es decir, cómo se mantiene en pie–, nos quedamos con la duda. Y esta duda es como una carcoma que se queda dentro de nosotros y nos corroe. Por ello, es decisivo para la certeza de nuestra fe tener que afrontar ciertas circunstancias.

Como muchos de nosotros, el 1 de septiembre he cambiado de puesto de trabajo y ahora doy clase en una escuela media estatal. De mis dos clases, una me cuesta un poco más, la mayoría de los chicos tiene una gran desconfianza con respecto a los adultos y piensa que el profesor es el enemigo. Yo sabía que iría así, me había preparado para esto, y por eso sabía qué escuela estaba eligiendo, sabía que quería ir a enseñar a una escuela estatal, porque mi historia personal me llevaba exactamente ahí.

¿Por qué? Cuenta un poco tu «historia personal» para que podamos entender.

Yo he crecido en una familia de izquierda, mitad atea y mitad autodenominada católica, y mis padres siempre han querido que yo fuera a una escuela estatal, porque «son más libres» en el sentido de que ahí cada uno dice lo que piensa, escuchas a todos los profesores y luego tomas tus decisiones, decides a quién quieres seguir. Pero desde los 16 años tuve una profesora que se convirtió poco a poco en la persona a la que más apreciaba. Solo después descubrí que era de CL. Y para mí esto era una contradicción terrible, porque me decía: «Pero, ¿cómo es posible? ¿Una persona tan inteligente es de CL? ¡No es posible!». Y sin embargo esto, en vez de alejarme de ella, hizo que creciera mi curiosidad.

Y no era porque hubiese muchas personas de CL en aquella escuela, sino porque conociste a una.

Lo más increíble es que solo me dio clase, es decir, no había bachilleres en mi escuela, no había nada de todo eso. Nunca me dijo nada, yo no supe por ella que era de CL, se limitó a dar clase. Y sin embargo, esto fue suficiente y necesario para trastocar completamente mi vida, que adquirió un sentido que se ha desvelado más tarde, porque yo terminé la escuela en 2006, y ahora estamos en 2017. Este es mi punto de partida. Por ello, yo quería ir a dar clase a una escuela estatal por agradecimiento, porque si ella no hubiese estado en una escuela estatal, aun sin tener ningún proyecto, yo no estaría aquí. Y quién sabe qué implicaciones tendría esto, no consigo ni siquiera imaginarlas. Por tanto, tenía todas las razones, tenía la causa que me llevaba ahí, sabía que la escuela a la que iba no sería fácil, pero sabía también que conseguiría trabajar. Solo que la teoría es distinta de la práctica, y de hecho, el impacto con una de las dos clases ha sido muy duro. Veía que el juego de mis alumnos era (lo es todavía) ver cuánta paciencia tengo, y esto es extenuante, porque yo tengo mucha paciencia, solo que por sí misma no es suficiente. Después de dos semanas en que al llegar a casa unas veces conseguía contener las lágrimas y otras veces no, me di cuenta de que mi preocupación principal estaba consistiendo en gestionar las horas –que son muchas, en esa clase son diez– y nada más. Y algunos días antes de la Jornada de apertura de curso pensaba: «Pero, ¿qué hago yo ahí? Bueno, sé por qué he ido ahí, pero ahora que estoy ahí me parece un desastre». Ir a la Jornada de apertura de curso con esta pregunta me ha ayudado mucho, porque no ha pasado inútilmente y me ha ofrecido pistas de trabajo. En especial, se me quedó grabado –ya lo había oído, pero esta vez fue distinto– cuando citaste el ejemplo del preso que, al ser registrado de forma inhumana por sus carceleros no se enfada con ellos y piensa: «Ellos no pueden actuar de otra manera porque no han visto lo que yo he visto». En ese momento se encendió una luz, y me dije: «Pero es lo mismo que sucede entre mis alumnos y yo, ellos no pueden actuar de otra manera». Mis compañeros me han contado las historias personales de muchos de ellos, que son verdaderamente difíciles. Ya lo sabía antes, pero no había establecido esta conexión banalísima. Y no solo eso, también pensé: «Yo puedo mirarles así, y la mirada con la que afirmo: “Tú me insultas, pero yo estoy aquí por ti, porque por desgracia a ti no te sucedido lo que me ha sucedido a mí”, es la misma mirada de Jesús con relación a aquellos que le insultaban cuando le crucificaban, que no entendieron en ese momento, quién sabe si entendieron; de uno se dice que entendió, pero más tarde». Esto hizo que me temblaron un poco las piernas, pero cuando volví a la escuela estaba menos tensa y me enfadaba menos. Ahora la cosa va ligeramente mejor. Al volver a la escuela he pensado: «Yo podría incluso no ver nunca los frutos de esta mirada, porque nadie me garantiza que los vaya a ver». Pero en realidad, de forma gratuita, alguna cosilla sí que sucede, quizá porque yo soy más libre para reaccionar; pero todos los días, por pequeñísimos detalles, algún alumno se da cuenta de que hago cosas, de que hay cosas por las que ellos están empezando a asombrarse. El primer episodio que se me ha quedado grabado –es el único que cuento– sucedió un día que milagrosamente estaban trabajando y no necesitaban nada de mí, entonces aproveche para corregir otros exámenes. En un momento dado, se me escapó en el silencio un: «¡Oh, no!». Una alumna me preguntó: «Pero, ¿por qué, profe?», y yo le respondí: «Este se ha dejado una página entera del examen en blanco. No le ha dado la vuelta a la hoja, no ha visto que seguía el examen. ¿Y ahora?». «Bueno, ¿no está contenta? Así tendrá menos que corregir». «Mira, si esa fuese mi preocupación no haría este trabajo. A mí no me interesa terminar antes de corregir, lo que me gustaría es que os fuera bien». Ella no se esperaba esta respuesta. Y esto no hace sino confirmar que es verdad

que ellos no tienen culpa, soy yo la que he recibido una gracia más. Por ello, lo único que tengo que hacer es no empeñarme en tener paciencia, sino en vivir delante de ellos como vivió mi profesora delante de mí. El proyecto no es mío.

Decías: «Hay cosas por las que ellos están empezando a asombrarse». ¿Por qué se asombran? Por esa diferencia que tú haces presente, al igual que la profesora te la hizo presente a ti. Parece que es nada con respecto a la envergadura del problema educativo. Pensemos en san Pablo: lo llevan a la cárcel, se hace amigo de un preso y a partir de esto empieza a cambiar su posición teórica con respecto a la esclavitud. Parece nada. Me pregunta una amiga: «¿Cómo se puede mantener vivo el acontecimiento cada día, de modo que no sea solo un volver con el pensamiento a la primera vez? ¿Por qué, cuando pensamos en el acontecimiento, nos movemos como a tientas en la niebla, como si no correspondiese a una experiencia concreta? Nos cuesta estar delante del contenido de lo que debería ser esta primera preocupación, hasta el punto de que nos deslizamos rápidamente hacia las consecuencias», y por eso no vemos lo que está sucediendo. Y como no lo vemos, nos movemos a tientas en la niebla. Puede ser un signo pequeño, pero tu alumna lo percibe en la clase que es más caótica. Para ella no es niebla, ella capta el acontecimiento, la diferencia que lleva a la clase su profesora, hasta el punto de asombrarse. Por eso el problema es si tenemos la sencillez para reconocerlo.

Te escribí un poco en caliente después de la Jornada de apertura de curso para agradeceros a ti y a Davide lo que sucedió allí. Porque me impresionó muchísimo el hecho de entrar en el Fórum, pues hacía años que no iba y fue verdaderamente una gran emoción. Luego me impresionó sentirme tan descrita por tus palabras. Desde hacía algún tiempo sentía el corazón pesado, que parecía que vivía continuamente en la queja: el trabajo, el marido, incluso los amigos se convertían en el pretexto para desfogar mi insatisfacción, quería encontrar un chivo expiatorio al hecho de no estar satisfecha. En cambio en la Jornada de apertura volví a conmoverme como al principio, volví a respirar, alegre por lo que allí me sucedió. Y no es que hayan cambiado las circunstancias, pero he vuelto a revivir ese abrazo de Cristo a mi vida. He vuelto a percibir la fascinación de Su presencia y he vuelto a desear ver Su rostro en cada recoveco del día. Entonces también todos los hechos que componen mi vida (el trabajo, el marido, los hijos) han vuelto a ser signo de esta amistad que Él ha establecido conmigo. El agradecimiento es por la experiencia que he vivido y por la gracia de estar en una compañía que vence continuamente mi distracción y mi olvido. Ahora bien, la carta te la escribí un poco en caliente después de la Jornada de apertura, por eso cuando el otro día me llamasteis para preguntarme si podía intervenir esta noche me dije: «Pero, ¿qué me ha sucedido entre la Jornada de apertura de curso y ahora?».

¿Se mantiene?

¿Se mantiene? Lo que se mantiene no es mi coherencia, sino Él, que me sucede una y otra vez.

¿Y quién tendría que mantenerse, tu coherencia o Él?

Él, que continuamente me sucede.

Es decir, Aquel que tiene la pretensión de ser Cristo.

Que sucedió una noche con los amigos, que vuelve a suceder en los hechos e incluso en los imprevistos.

¿Y cuál es el signo de que sucede? Lo has dicho.

Que el corazón está alegre.

«El corazón está alegre». Es la misma correspondencia del comienzo; distinta de la forma del comienzo, pero la misma correspondencia del comienzo: uno respira. Y no

porque hayan cambiado las circunstancias, sino porque has revivido el abrazo de Cristo. Por eso a veces me pregunto: «Pero, ¿hemos estado todos en el mismo sitio?». Porque hay algunos que están entusiasmados y otros que se duermen y que se hartan. El hecho de que uno solo haya visto esto, como es imposible que se lo invente, muestra que el reconocimiento pasa a través de nuestra libertad, porque es de todo menos mecánico. Por eso, si hemos estado en el mismo sitio, pero la disposición del corazón no es la misma, cuánto tenemos que pedir esa pobreza del Innominado a la que el Papa nos ha reclamado, que no es otra cosa que la pobreza a la que nos reclama Jesús: si queremos entrar en el reino de Dios, hemos de ser tan pobres que podamos reconocerle. Por eso seguimos adelante con el trabajo, con este deseo: no tanto ver lo capaces que somos (todos conocemos perfectamente nuestra capacidad de actuación), sino cuándo lo reconocemos a Él. Porque quien quiere verificar su actuación, al final se enfada y se lamenta; mientras que quien capta a Jesús, respira y está contento. Estoy lleno de curiosidad por saber qué vamos a ver. Nos lo había recordado Giussani: ¡qué gracia tan grande estar en un pueblo que desafía mi distracción, que me hace capaz de ver lo que hay, no lo que no hay! Por eso ver y contarnos, compartir lo que vemos, es el primer gesto de amistad.

La próxima Escuela de comunidad tendrá lugar el miércoles 22 de noviembre a las 21 horas. Nos preparamos retomando la segunda parte de esta Página Uno *¡Al comienzo no fue así!*, desde el punto 4 («Cristianismo como ideología y cristianismo como tradición») al punto 6 («La contemporaneidad de Cristo, origen permanente de las dimensiones de la experiencia cristiana»), desde la página IX a la XVI.

El libro del mes para noviembre y diciembre es: *Dov'è Dio? La fede cristiana al tempo della grande incertezza* (Ediciones PIEMME), mi conversación con Andrea Torielli.

Jornada Mundial de los Pobres

El domingo 19 de noviembre tendrá lugar la I Jornada Mundial de los Pobres, convocada por el papa Francisco según la intención expresada en el mensaje preparado para la ocasión, en donde el Papa escribe, entre otras cosas: «Al final del Jubileo de la Misericordia quise ofrecer a la Iglesia la *Jornada Mundial de los Pobres*, para que en todo el mundo las comunidades cristianas se conviertan cada vez más y mejor en signo concreto del amor de Cristo por los últimos y los más necesitados» (6). Prestad atención a la conexión que establece el Papa: como resultado de todo el Jubileo de la Misericordia ha surgido en él el deseo de expresar con un gesto la caridad de Cristo. Como veis, la Jornada no es un gesto desligado del Jubileo, sino que nace del mismo ímpetu, como hemos dicho en la Jornada de apertura. Por eso la invitación del Papa es una ayuda para vivir también los gestos de caridad que haremos en las próximas semanas: la Recogida de Alimentos del 25 de noviembre y las iniciativas de la Campaña de Navidad de AVSI. La Recogida de Alimentos y la Campaña de Navidad son un modo concreto para adherirnos a la invitación del Papa con relación a los pobres, viviendo estos dos gestos con la conciencia de lo que don Giussani nos ha invitado a experimentar desde el principio con la caritativa en la Bassa; de hecho, su propuesta llevaba dentro la misma preocupación que el Papa nos pide que vivamos ahora. ¡Es impresionante! Por eso, desde dentro de nuestra experiencia podemos comprender más fácilmente lo que dice el Papa, gracias a la propuesta que hemos recibido de don Giussani.

Veni Sancte Spiritus

¡Buenas noches a todos!